

Susan Strange, *Dinero loco. El descontrol del sistema financiero mundial*, Barcelona, Paidós, 1999.*

Hasta hace pocos años nadie se atrevía a proclamar que el sistema financiero internacional estaba funcionando de forma descontrolada o caótica, y sólo recientemente una personalidad como Alan Greenspan afirmaba en público que los mercados bursátiles del mundo se comportaban como casinos. Tal tesis ya había sido adelantada por Susan Strange en 1986 refiriéndose al sistema financiero occidental en *Casino Capitalism* (Oxford: Basil Blackwell), obra capital para comprender los cambios sistémicos acaecidos en las finanzas internacionales durante los años setenta y ochenta. *Dinero loco* aparece como la continuación de aquella obra de referencia y su objetivo es explicar la transformación del sistema financiero *internacional* que conocíamos desde la posguerra en el sistema financiero *global* que ahora conocemos. No se trata tan sólo de la ampliación de la escala geográfica a la que se realizan las operaciones financieras, sino que esta transformación implica la conformación progresiva, aunque por ahora incompleta, de un único mercado financiero integrado: la globalización financiera.

El estudio de este fenómeno viene a confirmar la coherencia que caracterizó la trayectoria intelectual de Susan Strange. La insistencia de la profesora británica en el estudio de las finanzas respondía a tres convicciones que marcaron su carrera académica. En primer lugar, una concepción amplia de las Relaciones Internacionales que permitiese explicar la sociedad internacional en toda su complejidad, no sólo las relaciones diplomáticas entre Estados y la seguridad entendida exclusivamente en términos militares. De ahí el surgimiento y la consolidación en la academia anglosajona de la Economía Política Internacional, de la que Strange fue ferviente pionera. En segundo lugar, la necesidad de tratar el ámbito económico que ha marcado la evolución de la economía mundial durante el último cuarto del siglo XX. La expansión sin precedentes de las finanzas internacionales durante este período ha condicionado el crecimiento de la producción y del comercio internacional de manera trascendental, y sin embargo ha sido hasta hace poco del todo olvidada por los especialistas, no sólo de las Relaciones Internacionales, sino incluso de la Economía Política Internacional. En tercer lugar, la comprensión del poder como una fuerza estructural y no sólo relacional. En los años setenta el concepto de poder manejado por la mayoría de autores realistas clásicos –la capacidad de A para hacer que B se comporte de forma diferente a como lo hubiese hecho de no mediar la acción de A– había dejado de explicar satisfactoriamente la relación de fuerzas entre los actores del sistema internacional, ya fueran éstos actores estatales o actores no estatales. De ahí las propuestas de nuevas concepciones del poder que surgen entre los teóricos durante los años ochenta, y dentro de las cuales destaca sin duda la que Strange plantease en 1988 en *States and Markets* (Londres: Pinter). El poder estructural es aquél que permite a un actor conformar y determinar las estructuras de la

* Edición original en inglés: *Mad Money*, Manchester, Manchester University Press, 1998. Traducción española de Caterina García y Josep Ibáñez.

economía política global en las que el resto de actores han de operar, y una de dichas estructuras es la financiera, mediante la que se provee el crédito en la economía mundial. *Dinero loco* es el estudio del poder en la estructura financiera durante los años ochenta y noventa.

Las preguntas que guían el trabajo de Strange son muy básicas: ¿cuáles han sido los cambios recientes más significativos en el sistema financiero internacional?, ¿cómo ha evolucionado la relación de fuerzas entre Estados y mercados, entre autoridades públicas y autoridades privadas?, ¿cuáles son las normas e instituciones básicas que gestionan realmente el sistema y qué grado de orden consiguen establecer en él?, ¿cuáles son los peligros a los que se enfrenta el sistema y que amenazan su supervivencia misma? Pero las respuestas no son nada sencillas, pues no es fácil explicar el funcionamiento de un sistema financiero en el que el dinero circula de manera voluble, impredecible e irracional, lo que equivale a decir que su característica predominante es la locura. En respuesta a la primera pregunta, el cambio tecnológico aparece como el factor determinante en la evolución del sistema financiero. Algunas innovaciones tecnológicas han transformado profundamente la economía financiera: el desarrollo de los ordenadores que han revolucionado los sistemas de pago y de intercambio mediante las transacciones financieras electrónicas; los chips o semiconductores que han transformado la forma física del dinero y de su uso a través de las tarjetas (el llamado "dinero digital"); y los satélites que han acelerado y multiplicado las comunicaciones gracias a internet y al correo electrónico. Estos avances tecnológicos hicieron posible el crecimiento espectacular de otro tipo de innovaciones, las referidas a productos financieros como los contratos de derivados y, en menor medida, las compras apalancadas y los bonos basura. El provecho que los operadores financieros más espabilados extrajeron de la aplicación de los cambios tecnológicos y de las innovaciones financieras no debe hacer olvidar la connivencia (consciente e inconsciente) con la que actuaron los Estados al dejar importantes resquicios legislativos. Algunas de las transformaciones provocadas por los actores privados en el sistema financiero internacional difícilmente podrían ser luego frenadas por las autoridades políticas, incapaces entonces y ahora de adaptarse al ritmo del cambio tecnológico.

Por tanto, si el equilibrio de poder entre autoridades públicas y autoridades privadas en el sistema financiero internacional se ha visto alterado de algún modo, lo ha sido en favor de estas últimas, a las que los Estados y organizaciones internacionales competentes han permitido enriquecerse en la alegalidad, e incluso en la ilegalidad. A este respecto, es destacable el crecimiento espectacular de la implicación del crimen organizado en el sistema financiero internacional a través de las actividades de blanqueo de dinero procedente del narcotráfico, del comercio de armas y del tráfico de inmigrantes ilegales, así como a través de la evasión fiscal que llevan a cabo hombres de negocios, y también de la política, de todo el mundo. Pero la competencia por el poder no es algo que sólo enfrente a Estados y a operadores privados de los mercados. Los Estados también compiten entre ellos por atraer capitales extranjeros hacia sus economías, y a la tradicional competencia entre países ricos se ha sumado la que plantean países en vías de desarrollo que ofrecen suculentas perspectivas de beneficio para las empresas radicadas en Estados Unidos, Europa Occidental o Japón. Y compiten asimismo entre ellos los diferentes operadores de los mercados financieros, en particular las

entidades bancarias frente a las entidades no bancarias (compañías de seguros, sociedades de valores, gestores de fondos, etc.), pues han desaparecido los límites funcionales que distinguían sus actividades, de modo que la intermediación ya no es una fuente de beneficios exclusiva de los bancos y la asunción de elevados niveles de riesgo ya no es algo característico sólo de las entidades no bancarias.

La emergencia a lo largo de los años ochenta y noventa de un sistema financiero global en el que el equilibrio de poder se ha alterado en favor de los operadores privados de los mercados plantea un reto extraordinario que tan sólo recientemente han decidido afrontar los principales Estados del sistema: la gobernabilidad financiera. Los mecanismos e instituciones existentes para la gestión del sistema financiero siguen operando según patrones nacionales, claramente obsoletos para gestionar la integración financiera a escala mundial. A esta conclusión se llega tras el estudio de las grandes diferencias entre los sistemas de regulación de Estados Unidos, Japón, Francia, Alemania y el Reino Unido. El único rasgo que los aproxima a finales de los años noventa es la pérdida de control sobre sus propias economías y sobre unos mercados financieros cada vez más integrados, aunque fuesen los propios gobiernos de estos Estados los responsables de la desregulación y de la descompartimentación de sus mercados. Esta pérdida de poder no ha sido colmada por las principales organizaciones internacionales gubernamentales de carácter financiero, que han sido igualmente incapaces de controlar la evolución del sistema: el Banco de Pagos Internacionales porque se ha rendido en su lucha por adoptar y aplicar a nivel mundial estándares comunes de adecuación de capital; y el Fondo Monetario Internacional porque carece de las competencias, la pericia y los recursos necesarios para ser algo más que un prestamista de última instancia en crisis financieras como las de México en 1995 o de los países asiáticos en 1997-98. La deuda transnacional es precisamente uno de los problemas pendientes que se han agravado durante los años noventa, en especial para los países pobres muy endeudados de África y para las economías en transición de Europa Central y Oriental.

El repaso y la crítica de algunas de las propuestas hasta ahora planteadas por los expertos para mejorar la gestión del sistema financiero son complementadas por Strange con otras propuestas interesantes, algunas de las cuales ya han comenzado a ser asumidas por los responsables políticos de los principales Estados: la clausura de los paraísos fiscales; la condonación de la deuda transnacional a los países pobres más endeudados; la adopción multilateral de normas estrictas para las operaciones de las entidades bancarias a fin de que no arriesguen el capital de los depositantes; la creación de un órgano que a nivel mundial ejerza de prestamista de última instancia con responsabilidad limitada; o la restricción del uso de algunos de los productos financieros más arriesgados y retorcidos que contribuyen a sembrar el caos en el sistema, como algunos tipos de derivados. Pero cabe decir que el tratamiento que hace la autora de estas medidas que contribuirían a mejorar el funcionamiento del sistema financiero es más bien escueto y apresurado; también resulta poco exhaustivo el estudio de algún otro tema de cierta importancia –como por ejemplo el papel de los paraísos fiscales en las redes de blanqueo de dinero–; y en el apartado de críticas cabría mencionar asimismo su afición a embarcarse en ejercicios de prospectiva presentando escenarios de futuro que no siempre desarrolla con todo el rigor y la extensión que serían deseables. Con todo, el principal problema del ensayo de Strange radica

quizá en el desequilibrio que presenta la estructura del trabajo, pues transmite la sensación de ser una adición de capítulos monográficos: algunos de ellos son de gran nivel y coherencia, como los referidos a las innovaciones, al crimen organizado y a los sistemas de control nacionales e internacionales; pero otros resultan algo deslavazados, como los dedicados a los apuntalamientos políticos (el eje Estados Unidos-Japón y el eje Francia-Alemania), a las principales plazas bursátiles o al problema de la deuda transnacional. El capítulo dedicado a las conclusiones refleja este desequilibrio en la estructura y es más una enumeración de ideas varias ya apuntadas que la presentación concisa y ordenada del resultado al que conduce todo el trabajo.

En cualquier caso, las virtudes de esta obra de Susan Strange exceden con creces lo que pudieran ser considerados defectos que, al fin y al cabo, son reflejo de una vida académica caracterizada por la heterodoxia, la pasión y la honestidad intelectuales. El estudio de la sociedad internacional implicó siempre para la profesora británica un compromiso intelectual hacia aquellos más débiles que sufrían las consecuencias de las acciones de los más poderosos. Y hasta su fallecimiento, dos semanas después de la publicación de *Dinero loco* en 1998, Strange mantuvo esta preocupación "por la gente de a pie a la que nunca se le ha preguntado si quería apostar sus trabajos, sus ahorros y sus rentas en este sistema capitalista que funciona como un casino" (p. 15). Sirvan estas líneas de homenaje a la que será recordada como una de las personalidades académicas mundiales en el estudio de la economía política internacional.

Josep Ibáñez

Universidad Pompeu Fabra